

Exilios en Puerto Rico: un mundo polifacético

CARMEN VÁSQUEZ

Université de Picardie Jules Verne,
Centre d'Études Hispaniques d'Amiens

A la memoria de Jorge Enjuto.

*Yo sé que estoy unido a un destino de Puerto Rico,
a un destino ineludible y verdadero.*

Juan Ramón Jiménez

Muchos han considerado que la acogida que Puerto Rico dio al exilio español republicano fue, con la de México, una de las más consecuentes y calurosas de toda América Latina. Esta solidaridad hizo posible que la situación de los exiliados haya sido menos difícil. No obstante, puede afirmarse que, sin lugar a dudas, la relación entre los españoles y los puertorriqueños fue francamente recíproca y digo esto porque cuando ellos llegaron a la isla, no sólo llegaron con su inmensa cultura, sino también con el deseo de transmitir sus conocimientos, de compartirlos generosamente con sus nuevos amigos. La reciprocidad entre los exiliados y los puertorriqueños se deja sentir aún en estos comienzos del siglo XXI. Para entender esta relación recíproca es preciso evocar algunos aspectos de la historia académica puertorriqueña, porque el quehacer de los exiliados españoles en la isla está profundamente asociado a ella. Veamos.

En 1903 se fundó la Universidad de Puerto Rico¹. A medida que ésta se fue desarrollando llegaron profesores a enseñar en ella. Estos profesores enseñaban en inglés. Provenían de los Estados Unidos, país que desde el final de la guerra hispanoamericana de 1898, había tomado control de la última isla, con Cuba, de las colonias españolas en América. La enseñanza se hallaba así confiada a profesores de lengua inglesa, y esto no solamente se refería a la universitaria, sino también a la primaria y a la secundaria. Así se impuso el conocimiento de la lengua española a todos los sectores educativos. Y así se concibió la creación de un departamento en el que se en-

¹ L. Rivera Díaz y J. G. Gelpí, «Las primeras dos décadas del Departamento de Estudios Hispánicos de la Universidad de Puerto Rico: ensayo de Historia Intelectual», en C. Naranjo, M.^a D. Luque y M. A. Puig-Samper (eds.), *Los lazos de la cultura: El Centro de Estudios Históricos de Madrid y la Universidad de Puerto Rico, 1916-1939*, Centro de Investigaciones Históricas de la Universidad de Puerto Rico, Río Piedras y CSIC, Instituto de Historia, Madrid, 2002, pp. 191-235.

señara el español, tanto para los puertorriqueños, que eran naturalmente de lengua hispana, sino también para los pedagogos, a todos los niveles, que eran de lengua inglesa. De ahí la relación que se estableció con el Centro de Estudios Históricos, dirigido entonces por don Ramón Menéndez Pidal, con él y con algunos de sus discípulos y asociados, como Tomás Navarro Tomás, Américo Castro y Federico de Onís.

Ya en la década de los veinte algunos de éstos visitaron la isla. Y si Américo Castro no pudo venir en el verano de 1924, sí pudo Tomás Navarro Tomás enseñar en el verano de 1925 y Federico de Onís en 1926, cuando se creó el Departamento de Estudios Hispánicos. Para tener una idea de lo que fue entonces el Departamento de Estudios Hispánicos, se puede señalar que en el año académico 1927-1928 Onís enseñó Literatura del Renacimiento mientras que Navarro Tomás se ocupó de la épica y de la lengua de Puerto Rico como tal. Habrá repercusiones sobre este último tema veinte años después con la publicación de *El Español en Puerto Rico: Contribución a la geografía lingüística hispanoamericana*².

Por su parte, algunos puertorriqueños estudiaron en el Centro de Estudios Históricos, entre ellos Rubén del Rosario y Margot Arce. Esta última en la primera edición de su tesis, *Garcilaso de la Vega: Contribución al estudio de la lírica española del siglo XVI*, escribió en 1930:

Cumplo con un gustoso deber manifestando aquí, en la primera página de este trabajo, mi gratitud a la Sociedad Cultural Española de San Juan de Puerto Rico y a la Junta de Relaciones culturales del Ministerio del Estado español, que tan generosamente me proporcionaron los medios de completar mis estudios en España. Asimismo tengo que agradecer al Centro de Estudios Históricos la afectuosa acogida que me ha dispensado, y las facilidades y aportaciones que en todo momento recibí de sus distinguidos miembros, y muy especialmente a D. Tomás Navarro Tomás, erudito comentador de Garcilaso, y de D. Américo Castro, que tanto en la cátedra como fuera de ella, orientó y dirigió con certeras y luminosas indicaciones mi labor. Por último, he de dar las gracias a D. Homero Serís por haber leído y corregido las pruebas de este libro.

Sin la valiosa cooperación de todos me hubiera sido imposible realizar el presente estudio de la obra de Garcilaso de la Vega³.

Para esta época también, estamos en 1928, se funda la que será la célebre *Revista de Estudios Hispánicos*, siempre bajo la dirección de Federico de Onís. La revista sigue hoy publicándose con el mismo rigor que mostró desde sus comienzos.

Todo esto nos indica que los lazos entre los intelectuales españoles y Puerto Rico no se iniciaron a partir del comienzo de la Guerra Civil, es decir, de julio de 1936. Resulta pues lógico que desde el comienzo de ese triste periodo, la isla le abriera sus puertas a sus amigos peninsulares. Así, entre 1940 y 1942 comenzó la primera ola de exiliados. Según Jaime Benítez, rector de la Universidad en Río Piedras a partir de 1942, el momento fue único en la historia de la educación superior puertorriqueña:

Luego de ser nombrado rector (en 1942), invitamos a formar parte del claustro de nuestra universidad a los profesores Alfredo y Aurelio Matilla, Javier Malagón, Segundo Serrano Poncela, Vi-

² *El español en Puerto Rico: contribución a la geografía lingüística hispanoamericana*, por Tomás Navarro, profesor de Filología Española en Columbia University, Río Piedras, P. R. Editorial de la Universidad de Puerto Rico, 1948.

³ M. Arce de Vásquez, *Garcilaso de la Vega: contribución al estudio de la lírica española del siglo XVI*, cit., p. 6.

cente Herrero, Eugenio Granell, el escultor de Compostela, Vicente Llorens, entonces en Santo Domingo. A este grupo inicial de españoles habrían de sumarse más adelante María Zambrano, María y Mercedes Rodrigo, Fernando de los Ríos, Francisco Ayala, Juan Ramón Jiménez, Enrique Tierno Galván, Francisco García Lorca, José Medina Echevarría, José Ferrater Mora, Manuel García Pelayo, Pedro Salinas, Cristóbal Ruiz, José Gallego Díaz, Carlos y Juan Marichal, Luis Santillana, Jorge Guillén, el pintor Vicente y tantos otros. Desde México vinieron a dictar cursos cortos y conferencias José Gaos, León Felipe, Max Aub, entre otros.

El pinto español José Vela Zanneti formó parte del primer grupo...⁴.

Así pues, fueron tantos los intelectuales y artistas españoles exiliados en Puerto Rico que es prácticamente imposible exponer aquí la inmensa labor que hicieron para enriquecer la vida cultural del país. Por tal razón, hemos decidido limitar nuestra exposición a algunos de los más significativos, mencionando aportes específicos asociados a publicaciones y escritos u otras actividades culturales y pedagógicas, cuyos empeños transformaron nuestro quehacer cultural y cuyas huellas puedan verse aún hoy de manera palpable.

Mencionaremos brevemente las estadías de Pedro Salinas, María Zambrano, Juan Ramón Jiménez, Francisco Ayala y Federico de Onís. De la generación más joven, hablaremos de Auroara de Albornoz y de Jorge Enjuto, a cuya memoria dedicamos este breve trabajo. Finalmente mencionaremos otros artistas y músicos, entre los cuales Pablo Casals es, sin lugar a dudas, el más significativo.

La estadía de Pedro Salinas en Puerto Rico, si bien relativamente breve, fue también sin duda memorable. Hay quienes dicen que fue legendaria. Salinas llegó a Estados Unidos en 1936 y comenzó a enseñar en Wellesley College. Luego, en 1940, obtuvo la cátedra de Lengua y Literatura españolas en la Universidad de Johns Hopkins. En 1942 obtuvo una licencia sin sueldo (*leave of absence*) para ir a impartir cursos en la Universidad de Puerto Rico⁵.

Jaime Benítez acababa de ser nombrado rector y deseaba rodearse de una pléyade de intelectuales españoles que pudieran darle lustre a la universidad y Salinas era uno de ellos, un gran poeta y un profesor universitario de alta reputación. Como escribió Joaquín González Muela, en Puerto Rico, Salinas «se enamoró de la tierra, del mar y de las gentes y fue feliz»⁶. Allí ciertamente fue reciprocado, si juzgamos por la diversidad de actividades en la que participaba y la gran cantidad de amigos que frecuentaba. Salinas asistía a las tertulias en casa de Nilita Vientós Gastón. Esta abogada, literata y directora de revistas, para solamente nombrar algunas de sus funciones y quehaceres, formaba parte de la Asociación de Mujeres Graduadas de la Universidad de Puerto Rico y fue elegida directora de la revista que esta asociación debía publicar. En 1945, Nilita —como todo el mundo siempre la llamó— lanzó la revista de esta asociación. Teniendo pleno conocimiento del futuro que dicha publicación iba a tener, Salinas se interesó en ella, hasta el punto de otorgarle su título. Cuarenta años después, en 1985 Nilita escribió sobre la fundación de la revista, señalando certeramente el origen de éste, *Asomante*:

⁴J. Benítez, «La Universidad de Puerto Rico y el exilio español», *Cincuenta años de exilio español en Puerto Rico y el Caribe: 1939-1989, Memorias del Congreso conmemorativo celebrado en San Juan de Puerto Rico*, A Coruña, Ediciós do Castro, 1991, pp. 61-68.

⁵*Contemporary Spanish Poetry, Selection from Ten Poets*, E. L. Turnbull (trad.), Baltimore, Johns Hopkins Press, 1945.

⁶P. Salinas, *La voz a ti debida / Razón de Amor*, J. González Muela (edición, introducción y notas), Madrid, Clásicos Castalia, 1969, p. 11.

Estimo importante explicar el curioso título *Asomante*. Fue sugerido por quien más ayudó, y quien más fe tuvo en que era una empresa posible: Pedro Salinas. Se adoptó por ser el participio activo del verbo «asomar» –vocablo tan preñado de contenido– y el nombre de un cerro de nuestro país «la cuesta del Asomante», un sitio puertorriqueño del cual puede divisarse mucho mundo⁷.

Además, Salinas escribió en Puerto Rico sobre temas esenciales pertenecientes a la muy problemática cuestión de la identidad cultural puertorriqueña. Así leyó el discurso de graduación del año 1944, en el anfiteatro de la universidad. Tu título: *Aprecio y defensa de la lengua*. El tema no podía ser de mayor actualidad. Igualmente compuso un libro de poemas sobre el mar puertorriqueño: *El Contemplado*, que fue publicado en México en 1946. El diálogo con el mar en este gran poema refleja sus reflexiones sobre la poética de Paul Valéry, especialmente sobre la problemática expuesta en *Le cimetière marin*. Esto es algo que puedo afirmar puesto que, una vez, hace muchos años, al querer consultar un libro de crítica sobre Valéry, constaté que Salinas, precisamente en agosto de 1944, había querido consultar el mismo. Se trata de J. de Latour: *Examen de Valéry*. En todo caso, la fascinación de Salinas con el mar puertorriqueño y el paisaje marítimo que solía observar desde las terrazas del Club AFDA, en El Condado, sector residencial de San Juan, tendrían mucho que ver en esta obra maestra de la poesía de su época.

Debemos añadir que para esta época también frecuentaba el mundo universitario y los salones literarios particularmente el de Nilita Vientós Gastón y la filósofa María Zambrano. Como José Luis Abellán lo ha consignado, Zambrano osciló entre Cuba y Puerto Rico entre 1940 y 1945⁸. Ya en los primeros momentos de esta estadía publicó un ensayo titulado *Isla de Puerto Rico (Nostalgia y Esperanza de un Mundo Mejor)*, en La Habana en 1940. No solamente en estos años, sino que también después, la filósofa publicaría en *Asomante* y, luego, en *La Torre*, revista de cuya fundación y quehacer hablaré posteriormente.

Igualmente sucede con Fernando de los Ríos. Como sus amigos y coetáneos visitó la isla, como visitó tantos otros países de América Latina. Ya había sido invitado a impartir cursos de verano en la universidad en 1927. Solamente pudo hacerlo durante el verano de 1943. El título del curso fue: *Interpretaciones contemporáneas del estado*. Según Virgilio Zapatero, el curso abordaba:

1) La concepción romántico-histórica del Estado y otras fórmulas conservadoras. 2) Interpretación demoliberal de la noción del Estado. 3) La fórmulas nacionalistas de la nación liberal. El mito de la nación autoritaria. La interpretación económica del Estado y sus consecuencias para la estructura política⁹.

Unos exiliados partieron y otros llegaron. Así llegó Francisco Ayala a Puerto Rico en 1950. Su estadía en el país duraría hasta 1958. Contrario a los otros exiliados, Ayala no enseñó en el Departamento de Estudios Hispánicos, de la Facultad de Humanidades, sino en la Facultad de Estudios Sociales. Llegó pues como sociólogo. Pero Jaime Benítez y los otros colegas puertorri-

⁷ N. Vientós Gastón, *Biografía de una revista: Asomante / Sin Nombre (1945-1985)*, *Sin Nombre*, vol. XV/1, San Juan, Puerto Rico, 1984, p. 9.

⁸ J. L. Abellán, *María Zambrano: Una pensadora de nuestro tiempo*, Barcelona, Anthropos, 2006.

⁹ V. Zapatero, *Fernando de los Ríos: Biografía intelectual*, Diputación de Granada, Pre-Textos, 2001, pp. 220, 461 y 479.

queños y exiliados españoles sabían que era mucho más que eso. Para ellos Ayala era, y sigue siendo hoy, jurista, sociólogo, ensayista, cuentista, novelista, periodista, cronista y profesor de literatura y de sociología. Ayala ha consignado sus quehaceres del exilio en sus memorias y diserta fácilmente sobre esa época que vivió. Ayala se insertó fácilmente en la comunidad universitaria puertorriqueña, aceptando:

que aquello, lejos de implicar un sacrificio, iniciaría una etapa muy agradable y fecunda en mi vida. El país me gustó, en efecto; me gustó su gente, y yo debí de caerles bien a ellos, pues el rector de la Universidad, Jaime Benítez, me propuso que me quedara con un contrato permanente para organizar el curso básico de ciencias sociales. Al año siguiente me encomendó la dirección de la editorial universitaria para desarrollar un programa de publicaciones bastante amplio, dentro del cual fundé y puse en marcha una revista, *La Torre*, que ha sido por varios años la mejor publicación de su género en lengua castellana¹⁰.

Si Puerto Rico fue una especie de paraíso intelectual para Ayala, Ayala fue para Puerto Rico un faro certero de rigor y de producción y síntesis del quehacer intelectual. Allí dio lo mejor de sí mismo. Allí reforzó lazos con otros españoles, tanto en el exilio como los que vendrían del interior de España. Sobre todo, allí creó *La Torre*.

Es de conocimiento general que *La Torre, Revista General de la Universidad de Puerto Rico* fue por varias décadas una de las mejores revistas universitarias de la lengua hispana. El primer editorial no firmado —¿fue Benítez o Ayala o ambos quienes lo escribieron?— en ese primer número detalla su modo de ser:

La Universidad de Puerto Rico ha alcanzado ya tal grado que resultaría quizás más adecuado explicar por qué no ha editado hasta ahora una revista semejante. Al publicar *La Torre* deseamos darle un órgano de expresión intelectual lo suficientemente amplio, y de calidad suficientemente alta, para que pueda ser instrumento de acción espiritual capaz de decir algo significativo a todas las gentes que en amplio mundo se interesan por los problemas vivos de nuestro tiempo. De acuerdo con este propósito, *La Torre*, sin dejar de ser una revista académica, procurará integrarse en la vida activa y palpitante de la cultura, ajena a beaterías de cualquier especie, aunque tampoco, claro está, deba renunciar nunca al nivel de exigencia y al tono de moderación propios, no ya de una publicación universitaria, sino de toda decente convivencia intelectual. En verdad, aspiramos a propiciar una tarea de examen, de estímulo y de debate cultural análoga a la que en los últimos años, con el concurso de pensadores dentro y fuera de Puerto Rico, hemos venido realizando en al aula universitaria. Sólo que ahora en un plano distinto y ante un público más dilatado.

Nuestro país es demasiado pequeño para que no resulten en él simplemente ridículas ciertas manifestaciones de la megalomanía nacionalista cuyos frutos suelen ser de tragedia en tierras más extensas. Esa pequeñez nos impone casi, por dictados de mera prudencia, lo que para otras gentes es un ideal difícil: preocupados por Puerto Rico y sus problemas, debemos, afirmarnos a través de los valores universales, puesto que las actitudes, posiciones y estados de ánimo que se reducen al horizonte actual tienen que sernos, por la exigüidad misma de éste, decididamente insatisfactorios. Así queremos movernos y actuar, y seguir siendo quienes somos, en un mundo abierto (*La Torre* 1, pp. 11 y 12).

¹⁰ F. Ayala, *Recuerdos y olvidos. 2. El exilio*, Madrid, Alianza Editorial, 1983, pp. 126-180.

La revista se creó a la iniciativa de los editores para celebrar el cincuentenario de la fundación de la Universidad. Como lo he afirmado anteriormente, la lista de sus colaboradores es realmente impresionante y no solamente en lo que a exiliados españoles se refiere, sino también a intelectuales y artistas de reconocimiento internacional. Asimismo contribuyeron a mantener su calidad los más importantes puertorriqueños de los campos de la cultura¹¹.

A *La Torre* regresaré más tarde. En cuanto a la estadía puertorriqueña de Ayala, debe decirse que ésta fue productiva no solamente en cuanto a labor intelectual y pedagógica se refiere. También lo fue en el aspecto de la producción creadora. El ejemplo más evidente al respecto es la publicación de su novela *Muertes de perro*¹². En esta novela sobre las dictaduras latinoamericanas, y, sobreentiéndase, sobre la española de entonces también, resaltan numerosos detalles que son referencia directa al quehacer y a la idiosincracia puertorriqueña. Finalmente, Ayala partió para Estados Unidos. Allí enseñó en Bryn Mawr College, y en las Universidades de Chicago y de Nueva York. Continúa su larga y fructífera vida en Madrid.

En 1951 Juan Ramón Jiménez y su esposa Zenobia Camprubí llegaron a Puerto Rico para instalarse definitivamente allí. La llegada de tan gran poeta causó furor entre el profesorado y el estudiantado de la Universidad. También en colegios primarios y secundarios de la isla. En Puerto Rico, Juan Ramón escribió y llevó una vida sumamente activa, cuando su mala salud se lo permitía. Mucho, muchísimo se enriqueció Puerto Rico con esta presencia. Entre las innumerables aportaciones de ella podemos señalar la creación de la sala Zenobia-Juan Ramón Jiménez en la Biblioteca General José María Lázaro. Centro de estudios y de investigación que contiene numerosos manuscritos y documentos del poeta así como otros fondos de poetas e intelectuales amigos suyos.

La organización de los documentos, libros y otros efectos personales requirió muchos esfuerzos. Zenobia participó activamente en esta organización. Por deseo suyo y de su marido vino a la isla Ricardo Gullón, amigo de ellos, quien contribuyó enormemente en la organización de la sala. También Gullón escribió dos libros importantes sobre este periodo juanramoniano: *Conversaciones con Juan Ramón*¹³ y *El último Juan Ramón*¹⁴. Raquel Sárraga, puertorriqueña, fue eventualmente nombrada directora de la sala. A ella y a Gullón se le deben numerosas publicaciones de textos inéditos depositados en la sala.

En 1956 se recibió la noticia de que la Academia sueca había otorgado el Premio Nobel a Juan Ramón. Tanto los exiliados españoles como los puertorriqueños celebraron el insigne honor. Ante la imposibilidad de recibir el premio personalmente, el rector Benítez lo recibió en su nombre. Pocos días después murió Zenobia Camprubí, para la consternación de muchos. En mayo de 1957 vió la luz un documento singular: *Homenaje a Juan Ramón Jiménez*. Lleva, sin embargo, la fecha de 1956, es decir, del momento en que el premio fue discernido. Este valioso documento reproduce las circulares firmadas por el rector Benítez a propósito de la obtención del premio además de varios textos de intelectuales reconocidos y asociados al poeta: del entonces decano de la Facultad de Humanidades, Sebastián González, miembro del exilio español en Puerto Rico, del rector Benítez, de Guillermo de Torre, de la biografía de Zenobia y Juan Ramón,

¹¹ C. Vázquez, *La Torre de Puerto Rico: síntesis del pensamiento de una época, de la Guerra Civil a 1970*, América, Cahiers du CRICCAL, París, Presses de la Sorbonne Nouvelle, 9/10, 1992, pp. 75-86. Se encuentra en *Le Discours culturel dans les revues latino-américaines de 1940*.

¹² F. Ayala, *Muertes de perro*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1958.

¹³ Madrid, Taurus, 1958, p. 204.

¹⁴ Madrid-Barcelona, Estudios de Literatura Contemporánea, Alfaguara, 1968.

Graciela Palau de Nemes, de Margot Arce de Vázquez, Federico de Onís y Nilita Vientós Gas-tón. Una selección de *Platero y yo* y un poema, *El viaje definitivo*, cierran el homenaje¹⁵.

Si bien Juan Ramón murió en 1958, su presencia, aunque simbólica, sigue dejándose sentir en Puerto Rico. Son particularmente notables algunas ediciones que vieron la luz en 1981, es decir, el año del centenario de su nacimiento. Una de ellas es *Isla de la simpatía*, texto literario de impresiones que escribió sobre Puerto Rico y una entrevista, de José Lezama Lima, en La Habana en 1937¹⁶.

También para el centenario de su natalicio, *La Torre* le dedicó un número de homenaje. Entonces dirigida por Luis Rechani Agrait, el voluminoso homenaje en la célebre revista consta de textos, de entre otros, Ricardo Gullón, Aurora de Albornoz, Emir Rodríguez Monegal, Jaime Benítez y Graciela Palau de Nemes. Numerosos inéditos, algunos de ellos en facsímil, enriquecen este volumen tan particular.

En 1954, cuando se retiró de su cátedra en la Universidad de Columbia, Federico de Onís regresó definitivamente a la Universidad de Puerto Rico, instalándose en lo que es hoy conocido como el Seminario de Estudios Hispánicos Federico de Onís, hasta su muerte en 1966. Allí donó la mayoría de sus papeles y documentos privados, ejerció la cátedra, enseñando y dirigiendo trabajos de investigación¹⁷. Don Federico, como todo el mundo, o como casi todo el mundo, lo llamaba, se dedicó a continuar la obra de toda la vida en el hispanismo, trabajando no solamente con textos españoles e hispanoamericanos, sino también puertorriqueños. Continuó trabajando en la *Revista de Estudios Hispánicos* y organizó varios números monográficos para *La Torre*. Entre éstos deben mencionarse los dedicados a Unamuno, con motivo del vigésimoquinto aniversario de su muerte en 1961. En la introducción, Onís escribió: «Unamuno fue uno de los principales creadores y precursores de muchas corrientes que han dominado en la literatura y el pensamiento posteriores en todo el mundo»¹⁸. Participaron en este homenaje, entre otros, Américo Castro, Ricardo Gullón, Julián Marías, Aurora de Albornoz, María Zambrano, Jorge Enjuto, Francisco Ayala, José Emilio González, Segundo Serrano Poncela, Guillermo de Torre, José Luis Abellán.

Igualmente sucede con el homenaje a Machado, también para el vigésimoquinto aniversario de su muerte. La introducción de Onís termina así:

Lo que distingue a Machado de todos los poetas contemporáneos y al mismo tiempo le une aún con los más dispares es el que su poesía sea, en mayor grado que la de ningún otro, total e integral, cobrando en ella supremo valor cada uno de los elementos que la forman, gracias a la presencia constante de todos los demás¹⁹.

Entre los colaboradores de este número se encuentran en la primera parte biográfica, Concha Zardoya, Joaquín Casaldueiro, Jorge Enjuto, José Luis Abellán. En la segunda parte, titulada

¹⁵ *Homenaje a Juan Ramón Jiménez*, San Juan, Ediciones de la Universidad de Puerto Rico, 1956.

¹⁶ J. R. Jiménez, *Isla de la Simpatía*, presentación de A. Díaz Quiñones y R. Sárratga (eds.), Río Piedras, Huracán, 1981, 117 pp.

¹⁷ En los últimos años se ha publicado una antología que recoge la correspondencia de y para De Onís, con facsímiles y numerosas fotografías. Se trata de M. Albert Robatto, *Federico de Onís: Cartas con el exilio*, A Coruña, Ediciós do Castro, 2003.

¹⁸ «Homenaje a Miguel de Unamuno» *La Torre* IX, 35/36 (1961), p. 20.

¹⁹ *La Torre* XII, 45/46 (1964), p. 20.

«Cartas y documentos de Antonio Machado y Poesía» aparecen los nombres de, entre otros, José Bergamín, Segundo Serrano Poncela, Guillermo de Torre, Francisco Ayala, Ricardo Gullón, José Emilio González, Tomás Navarro Tomás y Gerardo Diego.

Finalmente, es preciso señalar aquí la labor que hizo de Onís en la difusión y la crítica de la literatura puertorriqueña. Un caso ejemplar se destaca. Se trata del poeta Luis Palés Matos. Participó en el homenaje que le hizo *La Torre* a raíz de la muerte del poeta, homenaje recopilado e introducido esta vez por Jaime Benítez. En el homenaje también participaron, entre otros, Ricardo Gullón, Vicente Aleixandre, Margot Arce de Vázquez, José Emilio González. En la introducción, Benítez menciona el encomiable trabajo de Onís y añade que éste «no habría podido publicarse en 1958 sin el estímulo de Don Federico de Onís, a quien Palés quería y respetaba profundamente y quien no sólo se encargó de la compilación, sino también del prólogo»²⁰. En efecto, el trabajo de antólogo de Onís es sumamente metódico, y sitúa al poeta puertorriqueño en el mismo plano que los otros grandes de su época. En la introducción afirma que su interés por Palés se debe a que es «la única en Puerto Rico que le parecía responder a la nueva modernidad»²¹.

Deseo finalizar esta exposición mencionando la labor de dos españoles que dieron mucho de sí a la Universidad de Puerto Rico: Jorge Enjuto y Aurora de Albornoz. Jorge Enjuto llegó con su familia joven a Puerto Rico y desde que tuvo edad para ello vivió vinculado a la institución. Fue fundador del programa de honor de la misma, director de la Editorial Universitaria y de *La Torre*, entre otras revistas, director del departamento de filosofía y decano de la Facultad de Humanidades, donde creó varios programas pedagógicos. También fue asesor del rector Benítez y, posteriormente, del rector Abrahán Díaz González. Regresó varias veces a España, y también regresó varias veces a Puerto Rico donde murió. Su generosidad y rigor académico siguen siendo recordados como ejemplares²².

Aurora de Albornoz llegó también muy joven a Puerto Rico. Allí estudió y allí enseñó, y contribuyó frecuentemente en revistas como *La Torre*. Al final de los años sesenta regresó a España donde vivió y donde murió. En Puerto Rico difundió y analizó la literatura española, y en España recibió a los puertorriqueños que la visitaban. Después de su muerte, la revista *La Torre*, *Nueva época*, dirigida por Arturo Echavarría Ferrari le dedicó un número. Entre los participantes se encuentran José Hierro, Iris Zavala, Julio Rodríguez-Luis, Francisco Ayala, Luce López-Baralt y quien lee estas líneas²³.

Mucho, muchísimo queda por mencionar en esta rapidísima hojeada del exilio español en Puerto Rico. Escoger cómo abordar tan vasto tema ha sido para mí algo sumamente difícil. No mencionar a figuras claves de la cultura puertorriqueña, en la Universidad o en otros lugares, me parece sinceramente un acto de traición. ¡Qué decir del enorme trabajo de Sebastián González García que tanto le dio a la Universidad! O del pintor Angel Botello. O del escultor Francisco Vázquez «Compostela», o del crítico musical Alfredo Matilla. Y pensar que por primera vez menciono ahora a Pablo Casals, llamado por todos o casi todos don Pau, quien, sin abando-

²⁰ «Homenaje a Luis Palés Matos» *La Torre* VIII 29/30 (1960), p. 15.

²¹ L. Palés Matos, *Poesía (1915-1956)*, F. de Onís (introd.), Río Piedras, Universidad de Puerto Rico, Editorial Universitaria, 1964, p. 9.

²² P. García Rodríguez, *Jorge Enjuto, Cincuenta años de exilio...*, cit., pp. 169-172; C. Enjuto Rangel, *Tres generaciones del exilio: la memoria guardada*, Actas del Coloquio *L'Exil espagnol dans les Amériques*, Centre d'Études Hispaniques d'Amiens, Université de Picardie Jules Verne, mayo de 2006, actualmente en prensa; C. Enjuto, *Memorias de una adolescente en la Guerra Civil española*, (s. l., s. e., s. f.).

²³ A. de Albornoz, *Testimonio de una ex-muchacha transterrada. Cincuenta años de exilio*, cit., pp. 307-310; «Homenaje a Aurora de Albornoz», *La Torre*, *Nueva época* 21 (1992).

nar a Prades y a su festival, llegó a Puerto Rico a mediados de la década del cincuenta para poner a la isla en el mapa internacional de la música, con la creación, entre otras tantas, del célebre Festival Casals y de su no menos célebre orquesta, compuesta toda de solistas, a la cual le siguió la fundación del Conservatorio Superior de Música y la Orquesta Sinfónica de Puerto Rico, todas instituciones en plena vitalidad desde el momento de su creación. Imposible, porque no terminaría nunca.

Sólo puedo decir aquí que el exilio republicano español en Puerto Rico fue una experiencia única en el quehacer cultural de mi pequeño país. La derrota que habían sentido y vivido estos exiliados, en lugar de dejarse ver como algo tristísimo, por no decir caótico, se transformó en una fuente inagotable de riquezas intelectuales, artísticas y humanas, que influyeron para siempre en la vida de quienes, como yo, tuvieron el privilegio de percibirlos y de recibirlos. Y esta huella, comenzada hace ya tantas décadas, sigue haciéndose sentir en el Puerto Rico de hoy. Triste ironía, porque quienes tanto habían sufrido, pudieron, con su generosidad polifacética, darnos tanta felicidad.